



LECCIÓN 186 La salvación del mundo depende de mí.

Comentario de Sarah:

Evidentemente, para nuestras mentes, la idea de que “**La salvación del mundo depende de mí**” (L.186) suena más que un poco arrogante. Sin embargo, Jesús dice que no es una declaración de arrogancia en absoluto. De hecho, “**Ésta es la afirmación que algún día habrá de erradicar de toda mente todo vestigio de arrogancia.**” (L.186.1.1) Y es que la aceptación de esta declaración deshace el pensamiento de separación. Creemos que nos hemos separado de Dios, pero es una creencia arrogante que albergamos en la mente porque no es la verdad. Es la creencia de que nos hemos hecho a nosotros mismos y que somos cuerpos viviendo en el mundo en un estado separado de Dios. Cuando reconocemos humildemente que estamos equivocados en todo esto, estamos dispuestos a aceptar nuestra verdadera realidad. Aprendemos lo que somos en verdad mediante el deshacimiento del deseo de ser especial. Sólo podemos conocer nuestra santidad perdonando nuestro especialismo. Y al estar dispuestos a mirar con honestidad nuestros roles y conceptos de lo que creemos que somos y traerlos a la luz de la verdad, llegamos a conocer el Ser que somos. Cada mente sanada salva al mundo porque el Hijo de Dios es Uno y el mundo se salva al deshacerse la separación que le dio origen.

Todos compartimos la misma función del perdón, pero las formas serán diferentes para cada uno de nosotros. Las personas y los acontecimientos de nuestra vida forman parte de nuestro guión, e interpretan diversos roles en nuestra vida para que aprendamos a perdonar. Aunque las formas varían para cada uno de nosotros, el contenido del perdón es el mismo para todos. Nos equivocamos acerca de nosotros mismos al habernos identificado con el ego. Ahora los conceptos asociados al ego y a los roles que desempeñamos pueden ser liberados a través del perdón.

El ego, aunque no es más que un pensamiento, nos parece poderoso. Pensamos que es casi imposible dejarlo de lado. Jesús nos dice: “**Se nos han proporcionado los medios [nuestra función de perdonar] para llevarla a cabo perfectamente.**” (L.186.2.4) Así, mientras pensamos que el reto es demasiado grande, Jesús nos asegura que podemos aprender lo que enseña. Nuestra arrogancia nos impide aceptarlo. Cada uno de nosotros que se sana; sana a la Filiación porque sólo hay Una Mente.

Nos resistimos a nuestra función, ya que es una afrenta a la imagen que creemos haber hecho de nosotros mismos. Sin embargo, Jesús dice: “**No fuimos nosotros quienes la establecimos. No fue idea nuestra.**” (L.186.2.2-3) Entregarlo todo a Dios requiere de “**genuina humildad**” (L.186.2.5) y negar que somos dignos de emprender lo que se nos ha asignado es arrogancia. No nos corresponde a nosotros ser el juez de nuestra valía. Esta Lección nos recuerda que la verdad ya está plenamente presente en nuestras mentes, y que somos dignos por ser el Hijo de Dios. Así, “**Nuestras mentes están perfectamente capacitadas para desempeñar el papel que nos asignó Uno que nos conoce bien.**” (L.186.2.7)

En nuestra arrogancia, intentamos negar esto pensando que somos demasiado pequeños para emprender lo que se nos pide. Nos sentimos indignos de la tarea o, alternativamente, creemos que el ego es demasiado enorme y difícil de dejar de lado. Esto nos hace creer que el Curso es demasiado difícil de aprender. Tenemos mucho miedo y resistencia a deshacer nuestra inversión en el yo separado. **“Hoy dejaremos a un lado todo vestigio de falsa humildad para poder escuchar la Voz de Dios revelarnos lo que desea que hagamos.”** (L.186.4.1) Cuando escuchamos la voz del ego nos sentimos inadecuados e indignos. A través del perdón, aprendemos que la luz de Cristo está en nosotros, por lo que no hay nada que buscar. El mundo se salva porque no hay mundo. Cuando la mente acepta la verdad a través del proceso del perdón, el mundo deja de tener protagonismo. El mundo se estableció a través de la decisión de separarse, así que cuando se deshace la separación, el mundo se deshace.

Mientras sigamos en el mundo, hay trabajo que hacer. Estamos llamados a soltar nuestros planes y aceptar el plan que no hicimos. Todos nuestros planes implican mantener el ego al ver la culpa y el pecado en el mundo y vernos a nosotros mismos como víctimas inocentes. Ahora se nos pide que miremos lo que estamos pensando y creyendo y reconozcamos cómo ello nos trae dolor. Jesús nos pide que miremos honestamente nuestras vidas y evaluemos nuestras experiencias. Nos pide que reconozcamos lo miserables que somos y nos recuerda que tenemos otra opción, que es aceptar la Corrección (Expiación) que ya está en la mente. Lo hacemos trayendo nuestros pensamientos y perspectivas al Espíritu Santo. Requiere que miremos lo que hemos elegido sin juzgarnos por las elecciones que hemos hecho. No somos nosotros los que nos corregimos, ya que creamos el problema. Con buena voluntad le entregamos el problema al Espíritu Santo. Él es el Sanador en la mente. No podemos hacerlo sin el poder de la Santidad que está en nosotros.

Todos luchamos con sentimientos de indignidad, pero una y otra vez se nos asegura lo que somos tal como fuimos creados por Dios. Jesús no nos pide demasiado. Cuando confío en mis propias fuerzas, no me siento a la altura de lo que estoy llamada a hacer, ya sea escribiendo estos comentarios, facilitando grupos del Curso, o sabiendo cómo responder a una situación difícil en cualquier momento. Me encuentro temerosa de ser juzgada, y busco la manera de no emprender lo que me corresponde hacer. La insuficiencia se manifiesta de muchas maneras. Me comparo como si no fuera tan brillante, ni tan iluminada, ni tan perspicaz como los demás. Claramente, el ego me mantiene con miedo a mi función. Es una función que me ha dado Dios, y ahora Jesús me dice: **“Acepta en lugar de él el plan que tú no trazaste.”** (L.186.5.2) Él quiere que haga esto, en lugar de aferrarme a mi propio plan, que es demostrar que lo falso es verdadero. Jesús dice que ésta es la única manera en que seremos liberados de nuestra prisión autoimpuesta. (L.186.5.1) Lo que nos mantiene aprisionados es nuestra insistencia en que nuestras experiencias aquí son reales.

Nuestro plan creó falsamente un mundo en el que proyectamos el pecado y la culpa en los demás y los hacemos responsables de nuestro dolor. Todo esto puede deshacerse cuando estemos dispuestos a mirar lo que hemos hecho y elijamos asumir la responsabilidad de nuestras decisiones. La elección está siempre frente a nosotros en cada situación. Es una elección en favor del Cielo o del infierno, en favor de la Respuesta o del problema. Requiere que renunciemos a nuestro camino, reconociendo que nos hemos equivocado en todo lo que pensamos y creemos. Es entrar en nuestra grandeza asumiendo plenamente nuestra función. Sí, el miedo surgirá cuando no nos sintamos a la altura de nuestra función y cuando insistamos en que no somos lo que Jesús nos asegura que somos. Jesús nos insta a no tomar en serio estos pensamientos. Sí, surgirán dudas y sentimientos de inadecuación, pero podemos desechar esos pensamientos insensatos. **“No pondremos en duda nuestra capacidad para llevar a cabo la función que Él nos**

ofrezca. Sólo estaremos seguros de que Él conoce nuestras fuerzas, nuestra sabiduría y nuestra santidad. Y si Él nos considera dignos, es que lo somos. Es sólo la arrogancia la que opina de otra manera.” (L.186.4.2-4)

Cada uno de nosotros tiene una función en la forma basada en nuestras fortalezas y habilidades y talentos, pero de nuevo, el contenido es siempre el mismo. El contenido es el perdón y la función es seguir al Maestro y Guía que está fuera de este sueño que estamos soñando. Lo que se nos ha dado para hacer en este mundo es extender el perdón. **“Pues el Amor sólo puede dar, y lo que se da en Su Nombre se manifiesta en la forma más útil posible en un mundo de formas.”** (L.186.13.5) Sea lo que sea que estemos llamados a hacer en el mundo, la función que todos compartimos sigue siendo el perdón. **“El perdón es una forma terrenal de amor, que, como tal, no tiene forma en el Cielo. No obstante, lo que aquí se necesite, aquí se concederá. Valiéndote de esta forma puedes desempeñar tu función incluso aquí, si bien el amor significará mucho más para ti cuando se haya restaurado en ti el estado de amorfía.”** (L.186.14.2-4)

El perdón es lo que nos lleva más allá de las palabras a una experiencia en la que se cuestiona el plan que establecimos. Nuestro plan era responsabilizar a los demás de nuestra condición y demostrar que lo falso es verdadero. Nuestro plan es tener el control de nuestra propia vida. El ego nos dice que abriguemos resentimientos, que atacemos a los demás, que atendamos nuestras necesidades especiales, que hagamos a los demás responsables de nuestro dolor y que nos veamos como la víctima inocente de lo que otros han hecho. Para abrirnos a una nueva experiencia de trascendencia, debemos soltar los pensamientos, los roles y los conceptos de nosotros mismos que vemos como la verdad. Jesús nos dice que tenemos la fortaleza. No somos débiles e indefensos. Sin importar lo que pensemos de nosotros mismos, nada puede cambiar la verdad. Somos santos, y la miseria no puede tocar este santo hogar donde habitamos. No lo sabremos hasta que el trabajo de deshacer lo falso esté completo, pero debemos ser amables con nosotros mismos, ya que es un proceso. El perdón no requiere que alcancemos la curación más rápido de lo que estamos preparados para ir, y si elegimos retrasarlo, no es un pecado.

Aceptar la imagen de lo que creemos que somos es aceptar la inestabilidad. **“Los papeles que nosotros mismos nos hemos auto-otorgado son inestables y parecen oscilar entre la aflicción y la dicha extática del amor y de amar. Podemos reír o llorar, recibir el día de buen grado o bien recibirlo con lágrimas. Nuestro propio ser parece cambiar según experimentamos múltiples cambios en nuestro estado de ánimo, y nuestras emociones nos remontan hacia lo alto o nos estrellan contra el suelo sumiéndonos en la desolación.”** (L.186.8.3-5) Jesús nos asegura que esta inestabilidad no es nuestra realidad. Somos, en efecto, inmutables. Somos constantemente amados y amorosos. ¿Cómo es esto posible cuando, gran parte del tiempo, me veo a mí mismo de otra manera? Se nos asegura que, dado que este mundo es sólo un sueño, nada de lo que hemos hecho ha tenido efectos reales sobre nadie. **“Ninguna de las imágenes que Su Hijo aparenta forjar afecta lo que él es. Dichas imágenes revolotean por su mente como hojas arrastradas por el viento, que forman diseños fugaces y se desbandan para volverse a agrupar hasta finalmente dispersarse. O como los espejismos que se ven en el desierto.”** (L.186.9.4-6) Cuando despertemos del sueño, estas imágenes no parecerán más reales que cuando despertamos de nuestros sueños nocturnos que parecen tan reales.

Dejar ir las imágenes que hemos fabricado permite que la experiencia de la verdad se precipite. No hay lugar para esto en la mente del "yo sé". Necesitamos limpiar la pizarra para el Espíritu Santo. La pizarra está ahora tan abarrotada de pensamientos y ocupada con nuestros planes que no hay lugar para el silencio. Sólo en el silencio puede entrar la verdad. Todavía hay una atracción

por la miseria, la vergüenza, los secretos y los dramas de todo tipo en nuestras vidas. La recompensa que obtiene el ego por su dolor autoinfligido es que refuerza la idea de victimismo, que el ego disfruta. Lo dejaríamos todo si no hubiera ningún jugo en nuestra historia y ninguna victoria para el conquistador ni para la víctima. ¿Este pensamiento despierta la ira o la actitud defensiva? Esta Lección dice: **“Y según Él te habla, la imagen se estremece e intenta atacar la amenaza que le resulta desconocida, al sentir que sus cimientos se derrumban.”** (L.186.7.2)

Sí, tenemos miedo de que, si lo dejamos ir, nos quedemos en ruinas. La parte de la mente que se identifica con el ego siente la amenaza y se aterroriza. Nuestros mil estados de ánimo cambiantes nos indican lo inestables que son realmente nuestros cimientos. Esta imagen con la que nos identificamos es un montón de polvo. No sabe nada del Hijo de Dios. Cuando decimos que no podemos desempeñar la función que se nos ha encomendado, estamos hablando desde la imagen, porque lo cierto es que estamos perfectamente capacitados para desempeñar lo que se nos llama a hacer. Estamos llamados a seguir nuestras indicaciones y a entrar de lleno en nuestra función. Cuando la llevamos a cabo, nuestro verdadero Ser se abre paso a través de la imagen y nos muestra un atisbo de nuestra verdadera naturaleza.

Es atractivo pensar en cambiar nuestros objetivos conflictivos, inciertos, ambiguos y cambiantes por la experiencia nueva y fresca de la constancia y la certeza. En nuestra identidad del ego, no hay constancia. Cambiamos de una cosa a otra y nuestras vidas están llenas de ambigüedad, incertidumbre, impermanencia y vaguedad. No hay nada atractivo en vivir en la incertidumbre y la duda. **“Las funciones que el mundo tiene en gran estima son tan inciertas, que aun las más sólidas cambian por lo menos diez veces por hora.”** (L.186.10.4) ¿Puedes ver esto en tu propia vida, mientras vas de una cosa a otra, revisando el ordenador, planeando la cena, regando las plantas, pagando las facturas, lavando el coche y emprendiendo los negocios del día? A diez veces por hora, ¡considera que esto es seguro! Lo más probable es que si monitoreamos nuestra actividad en una hora, ¡tal vez estemos cambiando nuestras funciones hasta treinta veces por hora! **“¿Quién podría mantener un esfuerzo constante o poner todas sus energías y empeño en metas como éstas?”** (L.186.10.5) Cuando reconocemos que nos hemos equivocado y que nuestro Maestro tiene razón, podemos aceptar Su plan y función, que refleja la perfecta unidad del Ser que somos. Esto no significa que no hagamos cosas en el mundo, sino que siempre preguntamos primero para que nos guíen en lo que hacemos y en la mentalidad con la que lo hacemos.

Dios nos da un propósito. Nuestras vidas no deben ser solo una lista de actividades cambiantes, lúdicas o centradas en el trabajo que el mundo estima. Estamos llamados a una vida con propósito. A diferencia de nuestras propias funciones cambiantes, lo que Él nos asigna **“se perfila clara e inequívocamente.”** (L.186.11.1). Jesús nos asegura que podemos alcanzar la función que se nos asigna. Se nos da literalmente una orden: **“Haz lo que la Voz de Dios te indique. Y si te pide que hagas algo que parece imposible, recuerda Quién es el que te lo pide y quién el que quiere negarse.”** (L.186.12.12) ¿Quién puede tener razón? ¿Dios o yo? ¿Qué sabe realmente esta imagen confusa? ¿Puede acertar alguna vez en algo? ¿Puede alguna vez saber todo para asegurar el éxito total cuando es, de hecho, **“una distorsionada imagen... que es inconsistente y está confundida, perpleja e insegura de todo?”** (L.186.12.4) Hemos intentado tomar el poder para nosotros mismos y pretender ser Dios, manifestando lo que creemos que queremos, pero ¿puede esta imagen manifestar algo, viniendo de este estado desconcertado e incierto? ¿Sabe lo que le dará la felicidad? ¿No sería mejor atender a esta Lección, admitiendo de buen grado que no sabemos lo que más nos conviene y permitiéndonos confiar en Aquel que sí sabe? Él quiere ofrecernos nuestra función, y ha proporcionado los medios para lograrlo, asegurándonos que no podemos fallar.

Nuestras relaciones particulares y específicas en el mundo nos han sido dadas como nuestro plan de estudios para que podamos ser restaurados al Cielo. A medida que practicamos el perdón, renunciamos a nuestra forma de ver y entender y demostramos una disposición a ser enseñados. Mientras se deshace la imagen, experimentamos miedo y sentimientos de insuficiencia, pero no confiamos en nuestra propia suficiencia. **“Pues procede de Uno que no conoce el error y Cuya Voz está segura de Sus mensajes. Éstos nunca cambiarán ni estarán en conflicto. Todos ellos apuntan hacia un solo objetivo, el cual puedes alcanzar.”** (L.186.11.3-5) No puede haber fracaso con Dios. Así, nuestro propósito único es lo que unifica nuestras metas. Ahora estamos llamados a escuchar y a **“hacer lo que la Voz de Dios nos indique”**. (L.186.12.1) A veces nos sentiremos inseguros y nos preguntaremos si estamos a la altura de lo que se nos pide, pero Jesús nos pide que recordemos **“Quién es el que te lo pide y quién el que quiere negarse”** (L.186.12.2)

Amor y bendiciones, Sarah
Huemmert@shaw.ca

Published in DAILY LESSON MAILING by <http://www.jcim.net>
JOIN MAILING LIST HERE: <http://bitly.com/CIMSMailingList-Signup>